

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLÓGIA
ARTE

LA VERDAD
ES DE
TODOS.

LA TIERRA
ES FLUNDA
PARA
TODOS.

SUMARIO:

- El sentimiento religioso. *La Ragione*
 Los muertos y los idos. *A. Zozaya*
 La policía *M. J. Lerra*
 De la mujer *R. Cbaughi*
 Egoísmo...? *G. Rucavado*
 Respeto perdido *E. Reclus*
 Reflexiones médicas *Adoptado*
 Notas *La Redacción*

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA + ARTE + CIENCIA

RICARDO FALCOO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 42, restaurant 'Petit París' -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkin — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — DESAMPARADOS: Sáenz M. — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilariño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profesor.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

— 25 de Octubre 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 68

Los orígenes del sentimiento religioso

Se afirma comunmente que la idea religiosa es de origen sobrenatural (y por consiguiente divina) y que el sentimiento de la religiosidad es común a todos los hombres. Pero a la palabra "religión" se le han atribuido los significados más diversos, de tal modo, que en este dominio reina el desacuerdo más evidente y no es fácil entenderse. Tantas cabezas, otras tantas ideas. Para Séneca, la religión es conocer a Dios e imitarle; para Kant, es conocer nuestros deberes como si fuesen mandatos divinos; para Comte, es el culto de la humanidad; para Bain, es un compuesto de ternura, de temor y de sentimiento de lo sublime; para Hegel, es el conocimiento adquirido por el Espíritu finito de su existencia como Espíritu absoluto; para Huxley, es el amor a la ética ideal, es el deseo de realizar este ideal en la vida; para Carlyle, es lo que el hombre cree y tiene en el corazón y reconoce por cierto en sus relaciones esenciales con el Universo misterioso; para Gaetano Negri, es la protesta del alma humana contra las inexplicables injusticias del mundo; para Feuerbach, es el conjunto de las ilusiones y de las creencias que el hombre se ha formado a propósito de lo sobrenatural; para Mill, es el movimiento poderoso que dirige las emociones y los deseos hacia un objeto ideal cuya excelencia suprema y la justa superioridad sobre los demás objetos egoístas del deseo se reconocen; para Benjamín Constant,

es el resultado de las necesidades del alma y de los esfuerzos de la inteligencia; para Royer Collard, es el comercio de la Tierra con el Cielo; para Proudhon, es el respeto de la humanidad idealizada y adorada por sí misma bajo el nombre de Dios; para P. Leroux, es el sostén de todo lo que sufre contra todo lo que domina sobre la tierra; para Müller, es una facultad mental que, independientemente de los sentidos y de la razón— hasta contrariamente a ellos— hace al hombre capaz de comprender lo Infinito bajo diferentes nombres y de diferentes modos..

¿Se puede imaginar mayor confusión, una torre de Babel más grande?

Pero si nos atenemos a la definición más común, según la cual "la religión es la creencia en uno o varios seres trascendentes y conscientes, dotados de la facultad de intervenir en las cosas naturales", la afirmación de que no hay hombres privados de religión aparece absurda. Valientes misioneros e intrépidos exploradores nos cuentan que muchos pueblos salvajes a los que han estudiado minuciosamente, no tienen ni la más elemental idea de Dios o de varios dioses y que no poseen ningún culto sistematizado. La idea de un Sér trascendente y omnipotente no puede ser, pues, más que tradicional o producida por un raciocinio.

Si la concepción quimérica de una

divinidad no es innata en el espíritu humano, si el que no la ha recibido de sus abuelos no la posee, ¿qué factores fueron los que produjeron el desarrollo del sentimiento religioso en los primeros hombres?

La ciencia ha abordado este problema de los orígenes religiosos. Sin discutir las diferentes teorías emitidas, notemos, sin embargo, que la mayor parte de los sabios admiten que, muy probablemente, el sentimiento religioso es una debilidad orgánica intelectual, inherente a la imperfección de nuestro ser y nacida del miedo físico tanto como de la necesidad moral; estos dos sentimientos empujaron al hombre primitivo a formular una hipótesis cualquiera para explicar los fenómenos más grandiosos que herían sus sentidos. El rayo que cae de regiones inaccesibles, el ruido del trueno, las tempestades, el sol deslumbrador y las tinieblas de la noche, todas las espantosas y gigantescas convulsiones de la naturaleza constituyeron para él—ignorante de las leyes naturales—otros tantos indescifrables misterios. Y la única lógica posible en su inteligencia obtusa, le sugirió que todo en la naturaleza estaba animado y que en cada fenómeno residía una voluntad superior a la suya, causa única del mismo fenómeno.

La filología, la mitología comparada y la etnografía han suministrado innumerables documentos históricos para demostrar el nacimiento y el desarrollo del pensamiento religioso. Y la psicología ha escrutado luego estos movimientos íntimos del alma por los cuales el hombre primitivo llegó a imaginar las cosas sobrenaturales y el hombre incivilizado a cimentar la creencia en ellas.

No es solamente el temor físico lo que ha creado los dioses; como Spencer ha demostrado claramente, el sentimiento religioso también se

ha desarrollado por el culto a los abuelos y por el miedo a la muerte, y por esto no es erróneo el conocido aforismo de Feuerbach: "la tumba del hombre es la cuna de Dios." Cuando el hombre reconoció que durante el breve período de su existencia la naturaleza enemiga era impotente para satisfacer los más caros deseos y las aspiraciones hacia un ideal de felicidad que germinaban en su alma, se vió fatalmente conducido a situar fuera de la naturaleza, después de la muerte, esta feliz morada que la celeste realidad le negaba, y de este modo nació la concepción quimérica de lo "sobrenatural". Si el hombre hubiese podido satisfacer todos sus deseos, dice Strauss, si hubiese logrado todo lo que deseaba, si experiencias dolorosas no le hubiesen enseñado a temer el porvenir, difícilmente habría germinado en su cerebro la idea de seres superiores, en el sentido religioso.

El sentimiento religioso es, pues, de origen biológico; han contribuido a determinarle todos los impulsos emotivos: miedo, terror, sorpresa, alegría, dolor, sentido estético. Pero fué solamente cuando el hombre quiso imponerse reglas para vivir conforme a la voluntad de estos seres que supuso existentes y conforme al modo de atraerse sus favores, fue con las manifestaciones rituales del culto, con la disciplina, con el sacerdocio, como nació el "sistema religioso" propiamente dicho.

El salvaje atribuía una especie de personalidad a todo objeto inanimado, movido por causas incomprensibles; pero como los fenómenos más inocentes o agradables se trocaban súbitamente en terribles: la suave brisa en torbellino que arranca árboles y derriba el bosque; las pacíficas olas del mar se hinchan y engullen sus miserables cabañas de la orilla: todo lo que era objeto de adoración volvíase objeto de terror, y

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

subyugado por el miedo a ser destruido y con la esperanza de calmar la cólera y el furor del ser poderoso y cruel que quería aniquilarle, prosperado sobre la tierra enemiga, hizo estallar el primer grito angustioso de la "plegaria".

"El acto de ponerse de rodillas—dice Mosso—que encontramos en todos los pueblos, como señal de ado-

ración y de amor del que implora perdón y compasión, es debido al hecho fisiológico que las fuertes emociones nos hacen temblar de repente las piernas y nos arrojan al suelo." El miedo es, por consiguiente, madre de la plegaria, en el sentido religioso.

(De La Ragione.)

Los muertos y los idos

Un servidor galoneado ha sacado del lujoso almacén una caja redonda y la ha colocado en el pescante. Luego, una señora enlutada ha salido también y se ha dispuesto a subir a la enguantada y lustrosa berlina.—"Juan—ha dicho al lacayo,—¡mucho cuidado con la corona!"

El criado ha asentido con una reverencia, y la señora ha colocado en el estribo su bien calzado pie.

Pero en aquel momento se ha acercado a la portezuela una sombra tétrica y doliente. Una mujer escuálida, lívida, revestida de harapos negros, ha tendido su mano temblorosa. La gran señora la ha mirado un momento y ha debido ver en su rostro macilento las huellas de un dolor infinito, porque ha abierto su portamonedas, ha sacado de él unos cuantos discos de plata y los ha puesto en la mano de la mendiga, diciéndole con acento piadoso:—"Tome usted y compre también un puñado de flores a sus muertos."

Se ha cerrado la portezuela; el cochero ha fustigado el engallado tronco; ha partido el vehículo, y ha quedado sola, en mitad del arroyo, la mujer enlutada. Ha permanecido un momento inmóvil, y luego ha roto en amargo, ruidoso, desconsolado llanto.

Sus hijos no tendrán flores ni coronas; para ellos es imposible toda ofrenda, porque han muerto en el barranco del Lobo, cara al sol africano, y sus restos han sido devorados por

las aves errantes y carniceras que, en la noche siniestra, lanzan sus graznidos sobre el alcor.

Vosotros, los que cubrís de hojarasca y de vanidad los sepulcros, sabed que son muchas las madres que no saben dónde reposan los pedazos de su corazón. Los que mueren por defender vuestras riquezas y vuestros privilegios, no suelen tener epitafio. Sus madres están condenadas a errar sin consuelo sobre la tierra empapada en lágrimas, llevando en las manos un puñado de flores marchitas, que no sabrán dónde arrojar, porque la tierra, como su infortunio, es muy grande. ¿Queréis honrar á vuestros muertos? Llevadles el sacrificio de vuestro egoísmo y vuestra vanidad, el sentimiento de la justicia, el amor a vuestros semejantes vencidos y humildes. Ved las flores que no se marchitan, las ofrendas que nunca prescriben. La muerte sólo pide un tributo: la vida; para reverenciarla, es preciso saber vivir.

Llevamos nuestra frivolidad al borde mismo de lo eternamente ignorado. Atestamos los nichos de flores de trapo, de fruslerías y juguetes ridículos, sin ver que son nuestras virtudes y nuestras acciones magnánimas las que hemos de llevar allí en holocausto. Una acción generosa, un apasionamiento ideal, dicen más en favor de un progenitor que todas las inscripciones huera. ¿Qué

importa que la que nos hizo galar-dón de la vida yazga en sitio igno-rado de la fosa común, acaso a mu-chas leguas de nuestro retiro solita-rio, si encerrados en él, pobres de fortuna, pero ricos de idealidad, po-demos decir en voz queda y llorosa, como la del que evoca una sombra augusta: "Por tí, madre, porque me diste, con la vida, el ansia secreta de lo inefable, porque en tu regazo dormí sueños de paz, fui digno; por tí, supe de virtud y decoro. No co-metí injusticia ni iniquidad, no hice derramar lágrimas, honré tu nom-bre; he aquí las flores que te traigo!"

Pero no hacemos tal. Creemos cumplir con nuestros muertos en-cendiéndoles lámparas o cirios y en-cargando de su cuidado a manos mercenarias. Y luego, en la soledad de la noche, arrebuados en el co-berdor de nuestro lecho, cerramos los párpados con fuerza, temerosos de los aparecidos. Los seres más amados no son para nosotros sino es-pectros acusadores, cuya presencia nos causaría inmenso pavor. Uno nos pediría su fortuna, conquistada por él con fatiga y derrochada por nosotros en frívolos placeres; otro nos demandaría cuentas de nuestras infamias y bajezas; el más benevo-lente nos interrogaría acerca de su honor y de su prestigio. Y nosotros le diríamos: "¡Vete; ya puse en tu sepulcro coronas, ya te hice sufragios, ya salmodié oraciones. Ya tu

fortuna y tu nombre son míos. Vuel-ve a tu sepultura. Los muertos sólo tienen derecho al olvido!"

Nosotros también moriremos. ¿Por qué conturbarnos? Recostados en nuestro cenotafio, tendidos, cara al sol, en el barranco lúgubre o arras-trados al fondo del mar por el pro-yectil atado a los pies rígidos, no he-remos sino cumplir con la ley inexo-rable de la renovación universal. Sin nosotros, habrá en el universo ar-monías, y aleteos en los boscajes, y risas jocundas sobre las praderas de césped y herrén. Otros hombres go-zarán de nuestras riquezas y darán nuestros nombres a la veneración o al oprobio, y también ellos, en las horas medrosas y apocalípticas, cre-erán sentir nuestros besos sobre sus frentes, o sobre sus pupilas atónitas el peso de nuestra mirada dura y fis-cal. ¿Qué importará entonces que haya o no sobre nuestros restos unas cuantas flores de trapo? Sumergidos en el infinito misterio, habremos in-corporado nuestra labor a la obra de los hombres, o habremos pasado so-bre la tierra como un hálito frío. Y si hemos acertado a vivir, seguire-mos viviendo, porque la vida es ener-gía, y la energía es algo sin princi-pio ni fin, que, en forma más o me-nos tangible, jamás desaparece y nunca se acaba....

Antonio Zozaya.

La policía

Fragmento

Se sabe: pocas cosas hay que se puedan comparar con la policía. Por de pronto su origen está en la natu-raleza; la policía se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco o mucho no hay quien no ten-ga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los más. Todos tenemos miedo: los co-

bardes a todos; los valientes a pa-recer cobardes; en una palabra, el que más hace es el que más lo disi-mula, y esto no lo digo yo precisa-mente: antes que yo lo ha dicho Ércilla en dos versos, por más se-ñas, que si bien pudieran ser me-jores, difícilmente podrían ser más ciertos.

El miedo es natural en el prudente, Y el saberlo vencer es ser valiente.

Preclaro es, pues, el origen de la policía. No nos remontaremos a las edades remotas para encontrar apoyos en favor de la policía. Trabajo inútil fuera, pues ya nos lo han hecho: un orador ha dicho que en todos los países la ha habido **con este o aquel nombre**, y es punto sabido y muy sabido que la había en Roma y en el Consulado de Cicerón: no se sabe si con este o aquel nombre, no precisamente con su subdelegado al frente y sus celadores al pie; pero ello es que la había, y si la había en Roma, es cosa buena: si a esto se añade que la hay en Portugal, y que el pueblo da a sus individuos el nombre de **morcegos**, ya no hay más que saber.

Venecia ha sido el estado que ha llevado a más alto grado de esplendor la policía; pues ¿qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisador de aquella república? A ello se debía la hermosa libertad que se gozaba en la reina del Adriático, y que con colores tan halagüeños nos ha presentado un literato moderno en la escena, y un célebre novelista en su **Bravo**. La Inquisición no era tampoco otra cosa que una policía religiosa; y si era buena la Inquisición no hay para que disputarlo. Aquí se prueba lo que ha dicho el orador citado, de que siempre ha existido en todos los países **con este o aquel nombre**.

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su existencia, no solo en Roma y en Portugal, sino también en Austria; y sobre todo en la parte de Italia sujeta a aquel impe-

rio, donde es delito a los ojos de la policía haber a las manos un papel francés. Así son los italianos tan felices, así se hacen lenguas del emperador de Austria.

Oigase otro ejemplo. Ahí está Polonia, que debe su actual felicidad ¡vaya si es feliz! a la policía rusa. Que la policía es, pues, una institución liberal, se deduce claramente de su existencia en Austria y en Polonia; y si nos venimos más acá, veremos la instaló Bonaparte, uno de los amigos más acérrimos de la libertad; y tanto que él tomó para sí toda la que pudo coger a los pueblos que sujetó; y a España, por fin, la trajo el célebre conquistador del Trocadero del año 23, y fue lo que nos dió en cambio y permuta de la Constitución que se llevó; prueba de que él creía que valía tanto por lo menos la policía como la Constitución.

Pues luego si ha hecho bienes al país no hay para qué ponerlo en cuestión.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; como ha dicho muy bien otro orador, a la policía se debió sin duda alguna aquella inocente treta por la cual se sonsacó a Gibraltar a un célebre patriota para acabarlo en territorio español, con toda nobleza y valentía. Pero ¿a qué más ejemplos? de cuantos liberales han muerto judicialmente asesinados en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer a esa brillante institución.

Mariano José de Larra.
(Fígaro.)

De la mujer

Cuando el hombre opina que ha excluído a la mujer de la vida social a causa de la delicadeza de su organismo, mente; porque si eso fuera cierto hubiera reservado para sí todos los trabajos penosos o repug-

nantes, lo que dista mucho de ser cierto, y hubiese dejado para su amiga los trabajos sedentarios, con preferencia el estudio. Precisamente, desde el origen de las sociedades, el hombre se ha opuesto con especial

empeño a que la mujer se instruyera, porque esclavo instruido, es mal esclavo.

La educación de la joven es aprendizaje de doméstica; se desarrollan sus aptitudes con la idea de formar-la para un amo; se le enseña lo preciso para que no cometa muchas faltas de ortografía y que no parezca demasiado tonta en una conversación; se consiente en enseñarla algún arte de adorno, el piano, por ejemplo, que afecta poco a las prerrogativas masculinas; pero se guardarán bien de iniciarla en las ciencias, que le abrirán los ojos acerca de las mentiras religiosas y sociales, fundamentos de su servidumbre, ni de interesarla en la vida pública, para evitar que sienta las inspiraciones de la rebeldía.

Se la encierra en la casa entre las cacerolas y las labores frívolas; se embrutece su inteligencia con lecturas necias; se envilece su carácter por la costumbre de la obediencia. Obedecer!, tal es, desde su más tierna infancia el objeto constante de su vida. Al mismo tiempo se desvía su sentido moral por exhortaciones tenidas por virtuosas, que en realidad son degradantes... ocultándole la verdad y reglamentando sus lecturas, se la ultraja; se le hace la injuria de suponer que, entregada a sí misma, sería incapaz de contenerse; se le considera con el cristianismo, como un ser impuro. Envilecida en su cuerpo y, lo que es peor, en su cerebro, la mujer es presa de todas las supersticiones y de todos los prejuicios.

Eso no debe ser: la mujer como el hombre, debe recibir una educación resueltamente científica; las ciencias, y sobre todo las ciencias naturales son indispensables a la mujer; primero para limpiar de una vez para siempre su cerebro de todas las sandeces religiosas; después, porque habiendo de criar los hijos, necesita saber qué es un organismo, la vida, el amor y la muerte. ¿Cómo puede cuidar un niño si ignora la

anatomía, la fisiología y la medicina? Convendría que los jóvenes de ambos sexos, hiciesen una estadía en los hospitales y aprendiesen, además del arte de curar, el respeto al dolor humano. ¡Cuánto más valdría eso que los cursos de piano para las unas y el cuartel para los otros!

Después de siglos y siglos de esclavitud, ha conservado costumbres, pensamientos y gustos de esclava. Observadla: en la más honesta encontraréis huellas de venalidad, aunque sólo sea respecto de un marido. Al ofrecimiento de un vestido nuevo, de un regalo cualquiera, se manifiesta más cariñosa, lo que es vergonzoso. Como todos los esclavos, aplaude el éxito, y prefiere la medianía que llega a brillar, al mérito positivo que permanece obscurecido; siente necesidad insana de aparentar, de atraer miradas, de dominar, de humillar. Como los salvajes, gusta de dorados, cristalería y relumbrones inútiles; pasa horas enteras en los escaparates de joyería, admirando cosas feas, pero brillantes; se cubre de collares, brazaletes, sortijas, pendientes, cintas y perifoneos que no tienen razón de ser, pero que cuestan mucho y dificultan la lucha por la vida.

Su **toilette**, no es otra cosa que un desafío a la higiene y al buen sentido; lleva plumas en la cabeza como los salvajes (y nuestros militares). Como los salvajes, usa amuletos portadores de la buena ventura: se pinta ojeras y colorea las mejillas y los labios; se deforma y se mutila; se agujerea las orejas para llevar colgantes, y gracias que haya perdido la costumbre de horadarse las narices y los labios, lo que supone un progreso. Mete sus pies en calzados extravagantes, impropios para la marcha; comprime sus pulmones y estómago en un corsé que compromete su salud y la de sus hijos, si puede ser madre. Pero, todo ello le importa poco: en los cerebros que la esclavitud ha deprimido, la vanidad es lo primero.

Es menester que eso acabe. Es preciso que la mujer tenga conciencia de sí misma, que se avergüence de su estado actual y que se niegue a ser una muñeca lujosa o una doméstica y sobre todo una cosa apropiada. Urge que aprenda que no hay dignidad posible ni menos moralidad para un ser consciente, más que en la libertad, en la plena posesión de sí mismo; que quiera ser libre, y lo será. La mujer libre es una revolución en el mundo entero cuyas consecuencias son incalculables: es el fin de las religiones, que sólo por ella subsisten, y por ella dominan aún al niño y al hombre; es también el fin de la guerra, que detestan cordialmente las esposas y las madres, porque aquélla es asesina de

maridos y de hijos; la adaptación de la mujer a las tareas humildes de la servidumbre, ha producido algo bueno, le ha hecho perder los hábitos de la brutalidad, el gusto del asesinato. La mujer instruida, apoyada en la vida social, es un medio de pacificación y desarme mucho más eficaz que las mentidas palabras de los déspotas; es su completa dignificación, a la par que el fin del reino de la violencia y del sacrificio de los débiles por los fuertes; es el advenimiento de la verdad, de la belleza y de la justicia.

La mujer libre, es una humanidad nueva que surge y vive en la verdadera acepción de la idea de vida.

René Chaughi.

¿Egoísmo...?

Fragmentos inéditos de una novela costarricense, por C. González Rucavado

III

Hundida en un mar de reflexiones quedó Marta, doliéndole que fuera su hermano el héroe de una acción que ella abominaba. Y como para su madre tenía el pecho de cristal, fue a buscarla y le refirió la escena que tuvo con Felicia, comentándola apesadumbrada. La señora escuchó, y sólo dijo con cierta curiosidad maliciosa:

—¿Qué piensas hacer?

—Interponer mis buenos oficios en favor de mi amiga hasta agotar los recursos.

—¿Y te oirá Luis...?

—No lo sé. Pienso que sí. Mientras viene estudiaré lo que debo decirle.

Luis llegó a las cinco de la tarde tremolando una carta y diciendo:

—Abrí el sobre porque trae mi dirección. Adivinen para quién es.

Ninguna le contestó, y él siguió de muy buen humor:—Es de Carlos, de nuestro amigo Carlos, y casi para

Marta; pero no la leeré sino hasta después de la comida.

—Haces mal en no entregarla a quien está destinada; dijo la madre en tono suave, pero de reconvencción.

—Es para mí, contestó él.

—Mamá, si lo que quiere es meternos en curiosidad. Ahora verás: Bueno, pues, adivina quién estuvo aquí hoy.

—No sé, no puedo saberlo. ¿Quién?

—¡Ajá, ahora me toca a mí! A ver, mamá, ¿quién es más curioso, él o nosotras?

—Bah, si me interesa de veras, al fin habrás de decirme la persona que estuvo, sin que tenga que apurarme. En tanto que ustedes si están ansiosas de leer la carta... Se les ve en la cara; y ya dije que no la enseño hasta después de la comida.

—Nada de ansiosas. Y para probártelo te diré el nombre de la persona que estuvo hoy aquí.

—¿Quién? Di.

—Ya ves, el curioso eres tú.

—No; prometes hablar, y mi pregunta es de lo más natural.

—Sí, sí; natural es todo.

—Según como se entienda.

—Pues venga acá, amiguito, que hemos de hablar seriamente: estubo Felicia aquí, llena de pesar, partía el alma oírlo.

—¡No digas...! ¿En esta casa?

—En esta casa. Y eres un ingrato imperdonable. Parece mentira que cometieras semejante acción, que basta a obscurecer las buenas que todos los días practicas.

—¿Qué es la cosa? ¿De qué se trata?

—¿De qué? Que estás matando un corazón. ¡Jamás lo creyera!

—¿Por qué lo dices?

—Por tu proceder injusto y dureza impropia de noble caballero.

—No comprendo.

—Di mejor que te haces el desentendido. Vamos a ver: ¿por qué cortejaste a Felicia?

—Vaya una pregunta. Pues porque me gustaba.

—¿Y cuál es el pecado por ella cometido o el lunar que le has encontrado para que tan cruelmente la tengas abandonada? Ella es ahora tanto o más guapa que antes; es bien nacida, virtuosa, tierna y rica; pocas habrá que la aventajen. Fuiste el primero que despertó su corazón el amor, y has fomentado ese amor mucho tiempo con solicitud; y cuando menos lo esperaba Felicia alzaste el vuelo; sabes que llora tu ausencia, que se ha enclaustrado por tí, que anhela por verte como el único remedio para recuperar la salud de su alma; que da al viento sus quejas y se marchita... Luis, tú no eres malo ¿por qué la haces padecer?... Con amarte tanto, ella se perjudica. Los sentimientos de la mujer son muy delicados. Ustedes se distraen fácilmente en la calle; a nosotras una pena nos agobia porque somos como la máquina de coser en movimiento: si tiene hilo y tela, cose, si no, se destruye; no habiendo distracciones, las ideas, como la aguja de

la máquina, aunque el género pase, como la vida, dan siempre en el mismo lugar, y nos atormentan.

—Comprendo tu discurso, y tienes razón que te sobra. Soy el primero en lamentarlo; pero ¿qué quieres que haga?

—¡Cómo, qué quieres que haga? Cumplir tus promesas, no prevalerse de la inocencia para burlarla.

—Yo no la he engañado. El engañado fui yo. Creí que la amaba y por eso la cortejé; mas al fin, convencido de lo contrario paré el galanteo sin brusquedad, antes de que las cosas crecieran. ¿En dónde está mi delito?

—Ignoraba tu egoísmo, Luis.

—¡Mi egoísmo...! No soy como todos. Me induces a pensar...

—¿Qué?

—Oye. Oye lo que pienso: a cualquiera mujer, con un temperamento como el de Felicia, puede ocurrirle igual que a ella; y la simpatía que despierta en otras, se confunde con el egoísmo puesto que pensando ellas, que puede acontecerles ser víctimas, como has dicho, de la torpeza o inconstancia del hombre que las cautivase, más que la compasión un deber de solidaridad femenina las empuja a hacer causa común. ¡Y por eso debo ser la víctima!

—Gracias, Luis, no creí merecer de tí ese reproche...

—Pero, si lo que pides no es distinto. En pocas palabras: quieres casarme con Felicia para curarla; y a mí, que no deseo contraer matrimonio, que me lleve la trampa. ¿Has pensado en lo que sería unir para siempre la suerte de dos personas que no se llevarán bien por cuanto una no ama, y la otra, de amores se derrite? He allí por qué digo que me quieres sacrificar: ¿quién prefieres que sea inmolado, ella o yo? Elige.

Marta quedó perpleja. Naturalmente prefería la felicidad de su hermano, pero su gentileza impedíale abrir la boca para condenar a alguien a la desgracia; le hubiera sido penoso exclamar:—¡que sea inmolada

Felicia! No, Marta sólo habría dicho:—¡Ambos felices!

La joven intercesora quedó vengida; pero interiormente se irguió la convicción dolorosa de que el hombre no sabe respetar la debilidad femenina o no sabe comprender cuánto amor, cuánto sacrificio y cuánta abnegación caben en el alma de una mujer, que no ha habido hombre que los merezca. Y ella, antes que cantar a los cuatro puntos cardinales un amor sin correspondencia, para que en agua de rosas se bañe un presumido, se mordería los labios y se agostaría en su propia pesadumbre, muda y sola como un muro de antiguo cementerio.

IV

—Mamá, usted no ha dicho palabra acerca de las reconvencciones que Marta me hace, y eso que la he visto oído atentó. ¿Verdad que usted no cree que sea yo tan malo como me pintan? Preguntó Luis cariñosamente y buscando apoyo en la que le dió el sér.

—Nada he dicho, ciertamente, hijo. No me pareció oportuno intervenir, porque gozaba oyéndoles. Marta estuvo bien; pero tú tienes razón. Sobre todo, que no debes pensar en casarte, eres muy joven aún, y no cuentas con recursos pecuniarios para dar ese paso, el más serio en la vida de un hombre o de una mujer. Compadezco de corazón a Felicia y le deseo conformidad, que las distracciones y el olvido le devuelvan pronto la calma.

Sentáronse luego a la mesa y sirvieron la sopa. Se habló de Carlos durante la comida. Marta continuaba sumida en sus reflexiones y apenas pronunció monosílabos; hasta que, pasados los postres, y mientras le servían rico café negro, Luis dijo:

—Martilla, has enmudecido. ¿Te has disgustado? Yo te contentaré: en cuanto veas la carta te aseguro que pondrás otro semblante y te reconciliarás conmigo.

—¿Reconciliarme...? ¿Acaso te han ofendido mis palabras?

—Por tu acaloramiento parecías enojada.

—No, Luis, lo que sucede es que Felicia por un lado y por el otro tú han traído a mi mente las alternativas y contrariedades de este mundo. Cuando se oyen contar hacen muy distinta impresión de cuando se es la víctima, o una palpa los males en su propia casa e irremisiblemente los soporta.

—Bueno, hijos, basta; interrumpió la señora con energía. Terminen esa cuestión y vamos a leer la carta.

Callaron en seguida los hermanos, respetuosamente, y Luis, atendiendo la orden pasó a otras cosas, registró su cartera y extrajo la epístola, la desdobló ceremoniosamente y leyó:

Querido Luis:

Primero que todo excúsame por no haber contestado tus dos últimas, tan afectuosas y merecedoras de la mayor atención. No a olvido, menos a indiferencia incalificable atribuyas el retraso, que bien te consta el señalado lugar que tienes entre mis pocas amistades, y la adhesión a tu familia, bien probada en ocasiones diversas; atribuyelo a mis ocupaciones: he tenido exceso de trabajo y he estado apuradísimo por el afán de encontrarme al lado de ustedes a fines del año. Comprenderás que por entero debía dedicarme a mis quehaceres sin perder un minuto. Mis empresas han salido a pedir de boca, mis cálculos no fracasaron, y estoy satisfecho. Aguardo la realización de otros proyectos; pero esos, si cuajan será en Costa Rica. Hace tiempo que no me escribes nada de Marta, la sin par. Antes no había carta en la que no me dijese algo de su vida, en su elogio, y también de esos amores que ella cultiva, que no te gustan, ni a mí. No le digas esa opinión, guárdame el secreto, no vaya a imaginarse que son celos, que en verdad, como siempre le he demostrado mi predilección, habrá motivo más que justificado para ello.

Marta es muy hermosa, muy bue-

na, muy delicada para que **vayamos** a entregarla a quien no la merezca de veras, a quien no sepa apreciarla en lo mucho que ella vale.

Recuerdo que siempre la has mirado con ojos paternos, pero pienso también, que nunca has sido difícil de contentar; y si tú no estás anuente a dejarla casarse con ese individuo. ¡Cómo se opondrá tu mamá!

Dicen que Marta lo ama en silencio, que está perdida por él. ¿Es cierto? Mas, de cualquier modo, como ella es inteligente, a pesar de la ceguera de Cupido puede que te oiga, que aquél no era sordo, y le dé largas al coronamiento de su **idilio**; no se precipitará como loca en lo desconocido, estoy seguro; no le corre prisa; el matrimonio será más adelante, mucho más adelante, y con quien no pueda jamás aplicársele el dicho de Byron: el amor es al matrimonio lo que el vino al vinagre. Tiene Marta belleza y juventud que lucir y gozar. Las rosas están muy bien por la mañana en el rosal; es en todo caso una crueldad troncharlas para que languidezcan lejos de sus hermanas las flores, y lejos del jardín en donde nacieron, aunque se las ponga en rico vaso o en el ojal de un elegante paletó. En su estación madura el café. ¿Que el tiempo se va y con él la belleza, y entra la vejez más pronto y más implacable para la mujer? No lo niego; pero la vejez no la sorprenderá soltera, ni se habrá privado de guardar en el cofrecillo de los recuerdos tantos como pudo recoger para endulzar el crepúsculo de su vida. Y, querido Luis, te prometo una cosa, que me gustaría se la comunicases a Marta: que como quiera ella, no se quedará sin marido, porque hay quien sueña y suspira convencido de que sería felicísimo al lado de ella, adorándola en un hogar propio, que no la olvida un instante y presume de valer más que Alfredo, lo que no es mucho presumir. Dale a leer estos párrafos; cuéntale lo que sabes; dile que me

pregunte quién es el soñador; y quizá, si me autorizan, lo sabrá. El soñador, aunque tiene cierto desparpajo, es en estas andanzas un poco encogido.

Amigo, ahora quiero hablar de tí, que también, y mucho me interesan tus asuntos. No me volviste a decir palabra de Felicia, desde hace meses; no obstante creo tener derecho a preguntarte en qué pararon tus relaciones con ella. ¿Siguen viento en popa, empleando tus figuras? Felicia es señorita de todo mi agrado, y me parece que sería muy digna compañera tuya, aunque estas cosas no las saben o comprenden otros que los interesados mismos.

Mi tardanza en contestarte no debió ser motivo suficiente para que pararas tus misivas y me dejaras ayuno de lo que a ustedes concierne. ¿Tendré que escribirle a Marta para que sea ella con su linda letra quien me imponga de lo que más me interesa de nuestra patria, de las cosas de ustedes? Proponle eso a ver qué resuelve; te aliviará la pereza. ¿La mamá está buena? Te ruego que le des a leer esta, y le repitas una vez más, y no me cansaré de repetírselo, que la quiero como a una segunda madre, que nunca olvidaré las bondades que me dispensó, y los consuelos con que aplacó mis tristezas y envalentonó mis apocamientos mientras viví con ustedes. Puedes darle la noticia de que mi salud es excelente, que marchó con muy buen pie y los buenos negocios me cercan. A propósito, y perdona que no termine sin causarte molestias: pasa a visitar al contratista de los caballos. Quiero que me digas cómo llegaron las bestias y si los coches han gustado en esa. Recuérdale que debe girarme el saldo por el correo más próximo, pues aquí me cobran con impaciencia, y como la cantidad adeudada es regular no la puedo suplir en su totalidad.

Ponme a los pies de Marta y dile que aguardo contestación de ella a mis observaciones en lo que le co-

rresponden, y que si no le es indiferente, espere mi regreso a Costa Rica para despear la incógnita; digo, si tiene curiosidad y desea despearla. Dale en mi nombre un abrazo a tu bondadosa mamá, y recibe un apretón de manos de tu inolvidable amigo,

Carlos.

Como concluyó de leer, Luis le dió la carta a su madre, que se caló las gafas y se acercó más a su hija. Luis se retiró a su gabinete. Las dos damas solas se pusieron a leer otra vez, muy despacio, la misiva del amigo ausente, comentando los párrafos a sabor. Después, la señora, quitándose los anteojos, dijo:

—¡Tan buen muchacho este Carlos! ¡Me alegra tanto saber que sus negocios le salen bien! Tan agradecido...

—Pues es claro, mamá, lo tratamos divinamente cuando vivió en casa.

—Sí, hija; razón de más, porque la gratitud va siendo rara... Va pareciendo ya, en los tiempos que corren y según los ejemplos que vemos, una bobería impropia de hombres sesudos que han de coronar, quieras que no, cualquier carrera. Y la lealtad para aquellos a quienes tendemos la mano de la amistad y nos corresponden de igual manera, y para aquellos de quienes sólo bondades recibimos, debilidad de carácter o apocamiento.

—Es verdad, de ingratos está lleno el mundo; confirmó Marta suspirando.

—Hija, muchos dicen, y si no lo dicen lo piensan, que ser fiel, y es la fidelidad cadena de acero con que nos liga la gratitud, o mantener la sinceridad en nuestras opiniones y en nuestros actos, es no ser cauto, sino torpe para marchar por este globo nuestro tan erizado, que muchos dejan en él no sólo el traje de tela que cubre sus carnes sino hasta el de pudor que resguarda la honra, que es lo peor, hija mía. Pero Carlos es agradecido y leal.

—Con lo que revela estirpe noble, agregó Marta, porque la gratitud y la lealtad son prendas propias de gente bien nacida.

—Sabes, siguió la señora, que esta carta parece una declaración amorosa.

—¿Para mí? Preguntó Marta enfáticamente, satisfecha su vanidad femenina.

—Ya lo creo.

—No ¡qué va a ser para mí! Carlos sabe que nunca lo he querido; y ahora, como lo acabamos de leer bien enterado está de que mi predilección se aloja muy distante de él.

—Entonces... no acierto con ese fulano que se casaría contigo en cualquier momento... ¡Vaya, claro que es él mismo! Y si no, lee, fíjate en este párrafo. Es él, él mismo, no me cabe la menor duda. Y bien que así lo has comprendido tú desde el primer momento.

—Pues, mamá, que ni lo piense. Lo estimo y lo aprecio por esforzado; pero quererlo, ni lo negro de la uña.

—No digas nunca, de esta agua no beberé. ¿Qué sabes tú?

Lo que es a mí me gusta para tí y lo prefiero a tu indiferentón y petulante...

—Mamacita, no hables mal de Alfredo, te lo ruego...

A estas Luis salió de su cuarto en mangas de camisa y llegó al comedor a reunirse con su hermana y con su madre, quienes, en viéndolo, pusieron punto al diálogo, le devolvieron la carta y se levantaron de la mesa.

V

Las reconvenções de Marta hirieron en lo vivo a Luis y le despertaron la curiosidad; y aunque para ponerles término antes de que pudieran agriarse, se había ordenado silencio por quien siempre era acatada sin replicar, deseó el muchacho revivir la cuestión, engreído al sentirse ardientemente amado por una linda joven a la cual, con ufania don-

juanesca aparentaba no querer; deseó también enterarse de los pormenores de la visita, por satisfacer su vanidad, y aclarar su conducta a su inflexible juez femenino, pues la vehemencia de los cargos lo obligó a considerar su acción desnuda de los subterfugios que regularmente inventaba para explicar el inusitado despego. Sin embargo no logró su objeto porque ellas lo dejaron solo en el comedor, y él no se atrevió a ir detrás, suponiendo que ventilaban algún asunto particularísimo y no querían testigos. Sentóse en un escaño frente al jardín cubierto de pacayas y begonias; un jardín pequeño, que patentizaba en sus cultivadores, amor a la Naturaleza. Por arriba un lampo de cielo muy azul lo embellecía. Luis encendió un cigarrillo de papel de maíz y se puso a fumar. Conforme exhalaba espirales de humo, que subían como una gasa tenuemente plumiza, descogiéndose en el aire, recordó los buenos ratos que le proporcionó Felicia, con tal deleite, que lo invitaban a renovarlos; y si Marta hubiese estado cerca de él y le repite las argumentaciones lacrimosas, es posible que le arrancara propósito de enmienda; y su generoso triunfo hubiera hecho nacer el astro brillante de la felicidad en el lacerado corazón de Felicia. Empero, los acontecimientos no arrumbaron por tan hermosa senda de reparaciones y venturas. En la memoria de Luis vibró el eco de la conversación de su camarada licenciado, y renació el amargor de la pesadilla original; y mayor barrera que eso para volver sobre sus pasos,

fue su engreimiento, la vanidad de que Felicia, flechada del primer amor, no lo olvidaría fácilmente, el deseo de gozar él como el gato con el ratoncillo medio muerto, antes de comérselo, seguro de que no se le escapará, tan herido lo tiene. Aquí llegaba su pensamiento cuando le asaltó la idea del egoísmo, y reflexionó:

—Lo que estoy discurrendo es egoísmo del malo. ¡Alimentar mis placeres con el dolor ajeno! No hay flor que no se marchite y se deshoje. El amor es la rosa de la vida: perfuma, alegra con sus vívidos colores, hace soñar, ofrece su néctar con gracia gentil, y cuando el viento meneas su corola, esparce en derredor el rocío benéfico, que baña otras plantas y refresca la tierra. Y aunque el prosaísmo de los tiempos sonría burlón y escéptico, suelen las niñas agonzar de amor, como cierra su cáliz la trepadora pudreoreja cuando el sol se esconde. La soledad, el desconsuelo, la muerte de la esperanza, las marchita, y caen los pétalos de sus ilusiones, y pierden el aroma de juventud, y la dicha de vivir. ¿Por qué no he de ser blando al sufrimiento de una niña presa al primer vuelo en las redes del corazón, y cuyos primeros nacarados pudores sorprendí?

El viento meneaba las palmas bulliciosas del jardín y las hojas de las plantas parecían murmurar suavemente de las injusticias de esta tierra, para que las ondas del aire las transmitieran en sus alas veloces al eterno.

Respeto perdido

Que cada cual recurra a sus recuerdos y verá los cambios que desde mediados de siglo se han producido en el modo de pensar y de sentir, y que determinan, por conse-

cuencia, modificaciones correspondientes en el modo de obrar. La necesidad de un amo, de un jefe o de un capitán en todo organismo, era cosa fuera de toda discusión: un

Dios en el cielo, siquiera fuese el Dios de Voltaire; un soberano en el trono o en el sillón, siquiera sea un rey constitucional o un presidente de República; "un cerdo en el engordadero" según la feliz expresión de uno de ellos; un patrono en cada fábrica o taller, un decano en cada corporación, un marido, un padre con gruesa voz en cada familia. Pero de día en día los prejuicios se disipan y el prestigio de los jefes disminuye. Contra la corriente actual, que consiste en hacer alarde de creer, aun cuando no se cree en nada, y a pesar de los académicos y profesores de la Normal que deben su dignidad al fingimiento, al disimulo de sus ideas, la fe desaparece; y a pesar también de los siglos de la cruz y de las parodias místicas, la creencia del Eterno Rey, de donde se derivan todos los jefes mortales, se disipa como el sueño de una noche. Los que han visitado Inglaterra y los Estados Unidos en veinte años de intervalo, se extrañan de la prodigiosa transformación que se ha realizado en los espíritus desde este punto de vista. Se había visto a muchos hombres fanáticos, intolerantes, feroces en sus creencias políticas, y se ve hoy en aquellos mismos, gentes con inteligencia abierta a todas las ideas libres, amplio criterio y corazón generoso. Ya no se mueven impelidos por la alucinación de un Dios vengador.

La disminución del respeto es, en la práctica de la vida, el resultado más importante de esta evolución de las ideas. Preguntad a los sacerdotes de cualquier religión por la causa de sus amarguras y os contestarán, sencillamente, que ya nadie les consulta para nada y que su opinión no influye ni siquiera en la decisión de

los creyentes. Y los grandes personajes, ¿de qué se quejan? Pues de que se les trata como a los demás hombres: ya no se les cede el paso; ya nadie les saluda sino como amigos o como iguales. Cuando se obedece a los representantes de la autoridad, porque el ganapán lo exige, y por los signos exteriores de respeto, todo el mundo sabe lo que valen sus jefes, los propios subordinados son los primeros que les ponen en ridículo. No se pasa una semana sin que ciertos jueces, con toda su investidura de seres omniscientes, no se vean "insultados" y vapuleados por sus víctimas en el sitio mismo de su inviolabilidad. Desde el banco de los acusados se han lanzado a la cara del presidente del tribunal, más de una vez, zapatos y otros objetos. Pues, ¿y los generales? A todos ellos, quien más quien menos, los hemos visto en pleno ejercicio de sus funciones, dándose importancia, hinchados, solemnes, pero rodeados de más odio que de respeto.

Es cierto. El respeto desaparece, no el justo respeto que une a los hombres rectos, abnegados y trabajadores entre sí, sino ese respeto bajo y vergonzoso que sigue a la riqueza o a la función; ese respeto de esclavo que lleva a la multitud de imbeciles a presenciar el paso de un rey y que cambia la figura de los caballos y del lacayo de un gran personaje en objetos de admiración. Y no sólo el respeto desaparece, sino que los mismos que pretenden merecer la consideración de todo el mundo son los primeros en comprometer, a los ojos de la generalidad, sus pretendidas condiciones de seres superiores. En otros tiempos, los soberanos del Asia conocían el arte de hacerse adorar. Sus palacios só-

Historia de la Revolución Francesa - Las Sectas y las Sociedades Secretas a través de la Historia

Están a la venta en la LIBRERIA FALCO

lo se veían desde lejos, sus estatuas se hallaban por todas partes, se leían sus escritos, pero no se los veía por ningún lado. Los más familiares de su corte llegaban hasta ellos arrodillados; a veces se corría un velo y sólo podían verles a medias, con la rapidez de un rayo, dejando emocionada el alma de cuantos les habían entrevisto por tan breve espacio de tiempo. Entonces el respeto era bastante profundo para que el mundo viviera en la estupefacción: un mudo llevaba a los condenados un cordón de seda y el fiel adorador se ahorcaba inmediatamente. El súbdito de un emir, en el Asia central, debía presentarse ante su jefe con la cabeza inclinada hacia el hombro derecho, una cuerda atada al cuello, bien desnudo, con una cuchilla gran-

de y afilada atada al cordón, a fin de que el señor no tuviera más que coger el arma según su capricho para deshacerse de su dócil esclavo. Tamerlán, paseándose por lo alto de una torre, hace un signo a los cincuenta cortesanos que le rodean y todos se precipitan en el vacío. ¿Qué son en comparación los Tamerlanes de nuestros días sino apariencias mayores o menores de aquél, aunque siempre igualmente temibles? La institución monárquica real, convertida en pura ficción constitucional, ha perdido la sanción del respeto universal que le daba todo su valor. "El rey, la fe, la ley", decían en otro tiempo. La fe ya no existe, y sin ella el rey y la ley se desvanecen transformados en fantasmas.

Eliseo Reclus.

Reflexiones médicas

De la *Gazette Médicale* de París sacamos los aforismos siguientes del distinguido doctor R. Benoit, de Génolhac.

—Más vale enfermedad imaginaria que buena salud por persuasión.

—Los que gozan de buena salud, no son siempre los más fáciles de cuidar ni los que se curan más pronto.

—El enfermo sólo acepta que hablen de los males del prójimo para compararlos con los suyos.

—Ciertos enfermos se creen ángeles y son los que más hacen en diablarse al médico.

—La complicación más grave de las enfermedades reside en las personas que rodean al enfermo.

—La enfermedad del adulto podrá ser un castigo, pero en los niños es siempre una injusticia.

—Es bueno hacer que el enfermo crea que hay muchos más por cuidar, pero que el médico sólo se cuida de él.

—No hay médico bueno por su familia.

—No es el médico quien hace la clientela, es la clientela la que hace su médico.

—La fama médica es una flor delicada que con el más ligero céfiro se inclina y con la menor nubecilla se desluce.

—La misión del médico es la de tranquilizar a los miedosos y asustar a los optimistas.

—El médico debe dejar hacer a veces, hacer agradecer a menudo, persuadir siempre.

—El médico más pretencioso se quedará siempre sorprendido de las curas que se le atribuyen.

—El médico hábil parece adivinar científicamente lo que acaban de decirle.

El médico siempre tiene incompetentes como jueces, y es lo que hace su fuerza y su debilidad.

—La práctica médica hace que se sea sordo a las quejas del cuerpo, pero no a los gemidos del alma.

—Hay médicos para enfermos y médicos para clientes.

—El médico debe fiarse sobre todo en lo que no le dicen

Notas

H. Charlton Bastian, de la Sociedad Real de Londres, ha publicado durante los últimos cuarenta años diversas obras (1) justamente celebradas entre los sabios. Sus largos experimentos biológicos, hechos con indiscutible genio y sostenido vigor, le condujeron hoy (septiembre 1913) a resueltas sorprendentes conclusiones. Damos las más trascendentales, procurando usar las propias expresiones del Autor:

I.—La **generación espontánea** o **arquebiosis**, negada por Pasteur,—que consiste en la producción de seres vivos rudimentarios a expensas de materia no-viva y en un medio absolutamente esterilizado—, es un fenómeno de actual existencia. Hoy, como ayer, se asiste a la aparición de la vida en nuestro planeta. Al lado de los organismos que nos parecen perfectos—fruto de una lentísima y trabajosa evolución—, hay organismos sencillos y verdaderamente jóvenes y hay organismos simples y verdaderamente primordiales.

Se viene al suelo, por consiguiente, la única objeción sería hecha a la doctrina evolucionista, objeción que se formula así: ¿Cómo existen actualmente tantos organismos inferiores de toda especie, si todas las formas de vida que figuran en la tierra derivan de formas primordiales originadas por fenómenos de síntesis natural realizada en un pasado incalculablemente lejano? En otros términos ¿cómo no han evolucionado los organismos inferiores hoy existentes, si su origen remonta a millares de siglos?

Se vienen también al suelo las teorías de los vitalistas, que consideran la vida como un principio aparte, especie de entidad misteriosa, que se establece no se sabe cómo ni cuándo y que domina todos los fenómenos concernientes al ser vivo. Pero Charlton Bastian no quiere argumentar con los vitalistas: “Mucho tiempo habrá de pasar—dice—antes de que ellos puedan rendirse a la evidencia que reemplaza su mito por fenómenos físico-químicos.”

II. La **heterogénesis** o producción de formas vivas simples mediante otras formas vivas diferentes, es para Charlton Bastian un hecho cien veces demostrado.

Tal demostración, aceptada ya por varios bacteriólogos (1) cambiará nuestras ideas respecto al contagio y origen de las enfermedades transmisibles. Una bacteria no-patogénica, por ejemplo, puede derivar de otra patogénica e inversamente, por influencia gradual de un cambio de medio. Una determinada enfermedad podrá, pues, aparecer en un lugar sin necesidad de haber sido importada.

III. Si la materia viva tiene un origen natural resultante de fenómenos físico-químicos (y no hay absolutamente prueba de otra influencia activa), si las formas animales se han elevado paso a paso hasta poseer una gran complejidad, y si lo que llamamos sentimiento y conciencia existe como resultado de la actividad nerviosa (puntos cuya certidumbre puede ser hoy admitida), entonces todos los fenómenos

(1) *The Beginnings of Life* (1872). *Studies in Heterogénesis* (1903). *The Nature and Origin of Living Matter* (1905). *Evolution of Life* (1907), etc.

(1) Lehmann y Neumann *Principles of Bacteriology* (1901), etc.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

mentales en general deben depender de las propiedades del tejido nervioso al igual que los fenómenos magnéticos dependen de las propiedades y de las actividades moleculares de ciertos estados del hierro. Y así como el magnetismo no existe cual entidad, no tenemos tampoco ningún conocimiento del "Espíritu" o de la "Vida" como entidades independientes.

Las palabras **espíritu** y **vida** no representan nada con existencia propia: son términos abstractos que tienen un sentido muy general respecto a clases distintas de fenómenos.

Tan inseparables son el sentimiento y la conciencia de las condiciones físicas de que dependen, cuanto lo son el magnetismo y el calor de las condiciones materiales que los acompañan.

Para el evolucionista, se desvanece la concepción metafísica del Espíritu como entidad, y con ella todas las formas del "espiritualismo".

El que cree en la arquebiosis, si es consecuente consigo mismo debe creer que los fenómenos mentales resultan solamente de la actividad del sistema nervioso y no tienen ninguna existencia sin él. Hablar de "espíritu obrando directamente sobre el espíritu" por lo que se llama telepatía espiritista, y de otras comunicaciones venidas del "mundo del espíritu", debe ser para el evolucionista una forma estéril del lenguaje.

El lenguaje verbal de las matemáticas debiera ser siempre tan propio y tan lógico como posible, sin conceder la menor consideración a ningún uso erróneo, por grandes que sean las autoridades que tal uso patrocinan. Decimos esto sencillamente a propósito de la discusión enta-

blada acerca de las palabras **triángulo** y **paralelogramo** en un importante centro de estudios de esta capital. Tan paralelogramo es un romboide como un rombo o un rectángulo. Cuando se exponen las propiedades del paralelogramo, se habla de lo que es común a todos los romboides, rombos y rectángulos. Así lo exigen la propiedad verbal y la lógica, preciosas en razón misma de su inflexibilidad.

El Congreso Eucarístico que acaba de celebrarse en San José ha dado ocasión a varias controversias, no de mucho interés.

Que el actual Presidente de la República no es muy correcto en las formas de sus procedimientos, es cosa vista, pero que no nos importa demasiado. ¡Ojalá fueran así todas las incorrecciones!—Menos aún nos conmueve la tristeza que ha causado en algunos creyentes de una sola pieza—muy raros y muy dignos de respeto—el general desacato demostrado por los fieles en la procesión del 12 de octubre.

Sólo vamos a decir una palabra. Pensamos que el Gobierno habría faltado a su deber si hubiera impedido una manifestación al Sol deseada por un gran número de costarricenses. Y no comprendemos bien la alarma de nuestros librespensadores. Cuando observamos la presente generación, la nueva, tan inclinada a todos los misticismos y magias y brujerías, y recordamos nuestra infancia y nuestra adolescencia, tan hostigadas por el catecismo y los ejercicios religiosos, no podemos, menos de sentirnos tranquilos ante el supuesto recrudescimiento del catolicismo y esperar los inevitables contraproducentes resultados.

Elías Jiménez Rojas.



Lea el siguiente aviso

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

LA SORPRESA DEL DIA

Tres afanosos trabajadores se han reunido para formar una empresa de cultura que les permita vivir independientemente.

LECTURA BARATA

SOCIEDAD DE AGENCIAS EDITORIALES
LIBRERIA, PAPELERIA Y PERIODICOS EXTRANJEROS

Joaquín García Monje, José María Zeledón, Ricardo Falcó

He allí los nombres de los nuevos empresarios.

RESTAURANT

PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 42

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 ↔ SAN JOSE, C. R.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zaccain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Non.
Reheldía, Joaquín Dieenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstói.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadáver viviente, León Tolstói.
El refugio, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstói.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.